



V

EL NEO-PAGANISMO

*Paganismo inmortal, es-tu mort? on le dit;
mais Pan tout bas s'en moque et la Sirene en rit!*

Desde el advenimiento del Cristianismo, no creo que haya habido siglo más pagano que el siglo XIX.

En el XV y XVI el gusto por los estudios clásicos, llevado al exceso, hizo olvidar á muchos la ciencia cristiana, la literatura cristiana y el arte cristiano y Boccacio, Valla, Poliziano, Pulci, Pomponio Leto y otros mil no se inspiraban más que en el espíritu de la sabia antigüedad, bebían el falerno de Horacio y de Petronio, se recostaban en su triclinio y ceñían su guirnalda de laurel y de rosas.

Pero los paganizantes puros no eran la sociedad; muchos, como Petrarca, Bembo y Sañoleto, aunque quizá se daban con algún exceso á estudios clásicos, no olvidaban su carácter de católicos, ni aun de sacerdotes, y el espíritu pagano, si bien hizo estragos entre los humanistas seculares y hasta eclesiásticos, no descendió á las multitudes; que mal que pesara á Pomponio Leto y á Pocaró, seguían siendo tenazmente cristianas.

(1)

Florençia, cuna del humanismo clásico; Atenas de los tiempos modernos, era pueblo profundamente cristiano que llegó hasta la exaltación y el fanatismo al

incentivo de la elocuencia de Savonarola, y cuya vida común y cotidiana, admirablemente descrita en el diario del farmacéutico Lucas Landucci, (2), puede dar idea de lo que eran por aquel tiempo los pueblos de la cristiandad; es decir, sencilla y profundamente religiosos.

El protestantismo no favoreció por de pronto el espíritu pagano; después, sí. Necesitaba para luchar, falto de verdadera caridad apostólica, de fanatismo ardiente, cruel, implacable, y por cierto, que tan bárbara pasión, por su temperamento y por su fin, no se compadecía con la cultura refinada y con el escepticismo horaciano de los paganizantes. (3)

La pasión protestante, como todo fruto humano que no bebe su savia de raíces divinas, poco á poco degeneró y hasta extinguióse, y hoy el fanatismo de Zwinglio y de Knox, que fué dulcificándose hasta ser culta tolerancia, es indiferencia por lo común, así que el protestantismo proporciona en estos tiempos á la incredulidad gran parte de su contingente. (4)

M. Gabriel Monod, en la *Revista Histórica*, de Mayo de 1892, escribía: "El protestantismo no es más que una serie y una colección de formas religiosas del libre pensamiento."

"Ya en 1869 el abate Martín descubría lo siguiente con mirada profunda: "Identificándose cada día más con el racionalismo, el protestantismo llega á ser la forma religiosa de las últimas negaciones, no solamente para los protestantes, sino hasta para gran número de católicos, ejerciendo de esta manera sobre los espíritus la más funesta influencia." (5)

El siglo XVII fué siglo de grandes santos; (6) en él nació la devoción cristiana por excelencia, la del Sagrado Corazón; en él resonaron los acentos de Bossuet, Fenelon, Bourdaleu, émulos de los Padres de la Iglesia; en él acabó de completarse literatura tan cristiana como la española, y si bien en sus postrimerías puede llamarse de decadencia, porque Roma comenzó á perder su influencia política, habiendo realizado los gobiernos el maquiavélico consejo de Harley á Luis XIV, "besad al Papa el pie y atadle las manos," no puede llamarse época pagana, sino muy al contrario,

tanto más, cuanto que las multitudes continuaban creyentes.

El siglo XVIII se acercó más al paganismo. Fué siglo de frivolidad, y los católicos mismos parece que participaban de ella. Sin embargo de que la moral cristiana no era despreciada, más allá de su mitad aparecieron hombres profundamente perjudiciales á la Iglesia. Kant, cuyo panteísmo nos daña aún (7), cumpliéndose su profecía de que un siglo después sus doctrinas tendrían más aceptación que al darse á luz; Goethe, el gran pagano, adorador de la forma, inteligencia flexible, ya clásico en *Ifigenia*, ya romántico en *Werther*, (libro venenoso, causa de mil suicidios), ya profundamente original en *Fausto*, pero en todo anti-cristiano y corruptor; Voltaire, el de la eterna burla, el farsante que se disfrazó de sabio para combatir la verdadera ciencia, bajo adulator, así del pueblo como de los tiranos; tipo abominable que mereció de José De Maistre esta frase justiciera: "Si sentís siquiera inclinación á los libros de Voltaire, Dios no os ama;" Rousseaux, el inventor del *contrato social*, del que ha emanado el liberalismo moderno, que puede jactarse de proceder de una teoría que la historia y el sentido común condenan de consuno; Aranda, que, con Pombal y Choiseul comenzaban á traducir en política las ideas de los filósofos, y atacaron desde luego la vanguardia de la Iglesia, la Compañía de Jesús, con sólo el fin de privar á Roma de su campeón más fiel y temido. (8)

El siglo XIX iba á recoger la herencia de esos hombres, sin beneficio de inventario, y aunque sus teorías causaron más ruidosos trastornos en el siglo en que se produjeron, en el nuestro se infiltraron mejor en las venas sociales y acabaron por hacerlo el más pagano de los tiempos cristianos, cristianos aún, pues existía la Iglesia.

El alma es naturalmente cristiana, como dice Tertuliano, pero la carne es naturalmente pagana, y cuando la vida del alma, que es la fe, se pierde, la carne predomina y el paganismo triunfa.

La esencia de nuestra religión está expresada admirablemente por una sola frase de Kempis "Sean las cosas temporales para el uso y las eternas para el de-

seo." Es decir, la eternidad es el fin del cristianismo, y del mismo modo, la tierra, la vida presente, el tiempo, constituyen el fin del paganismo.

¿En qué época, más que en la nuestra, se han olvidado tanto las sociedades de Dios y de la eternidad?

La secularización de la vida humana á que aspiran el liberalismo y el socialismo, amparados por el escudo de la filosofía positivista, se ha llegado en buena parte á realizar. El individuo se ha hecho ateo; la escuela, laica; el matrimonio, sociedad mutualista; la familia ya no tiene por base un sacramento, sino la arena movediza de un pacto civil inmoral; y la ley ya no se dicta en el santo nombre de Dios.

Esto no es más que paganismo, no el honrado é ingenuo de Simmaco, que hizo á Roma grande por su piedad hacia los inmortales, sino el que consiste en indiferente escepticismo, y en el culto de la materia.

Hablando de las masas populares francesas, M. Taine dice: "Por un retroceso insensible y lento, la gran masa rural, á ejemplo de la gran masa urbana, está á punto de volver al paganismo." (9)

Ya hemos visto que el positivismo y el socialismo, son necesariamente ateos, y así como el mundo se admiró una vez de verse arriano, así el siglo XIX se asombró de encontrarse incrédulo.

Las sociedades secretas en que nuestro siglo ha sido fecundo y contra las cuales ha reaccionado la Iglesia del modo que diremos después, han sido los más poderosos agentes de esos errores, viciando con el uno las inteligencias, excitando las pasiones con el otro y asuzando á los gobiernos contra la religión para expulsar á Dios de las escuelas, despojar al Clero de sus bienes, perseguir las órdenes religiosas, excluir á los católicos de los puestos públicos.

Monseñor Darboy, el gran Arzobispo de París, escribía lo siguiente, veintinueve años antes de su glorioso martirio: (10) "Las teorías funestas en que dominan la indiferencia y aun el desprecio de las cosas eternas, han pasado á las costumbres públicas alterándolas profundamente. ¿Quién lo podrá negar cuando los que han hecho á Francia tal como es y que se maravillan ante el espectáculo de sus obras comienzan á

temblar al fin, al ver el aumento de la población de los baños (lugares exclusivamente de recreo) y al contar los golpes que descarga anualmente la espada de la justicia? La inmoralidad es, sin duda, excesiva en lo que se hace y en lo que se dice, pues que la frente de la policía comienza á ruborizarse de ella, y que los libros impuros desagradan aún á los hombres que nos gobiernan. Se necesitan ahora tantos soldados para defender el poder, como para guardar las fronteras, y la Corte suprema del *Estado* se ha constituido en sesión permanente para juzgar los repetidos atentados de los anarquistas y de los regicidas. Desde el jefe de la nación hasta el de la familia, la autoridad lucha débilmente contra la revolución, á menos que sus subordinados se hayan dignado ponerla bajo la protección de su desprecio. Muchos niegan en derecho, y casi todos lo hacen de hecho, la diferencia gerárquica de las diversas clases de la sociedad; y apenas en el corazón de las masas encontraréis los hábitos más necesarios de legítima dependencia, restos que barrerá pronto el viento de cualquiera tempestad. Efectivamente, por todas partes, hállanse motivos de inquietud por el porvenir individual, que los crímenes del presente comprometen, y que el de un pueblo que no tiene en su moralidad la garantía de firmeza y duración que nunca darán los guardias municipales. *Quid leges sine moribus? vanae proficiunt.* Interrogad á cualquiera, y cualquiera os responderá que camina temblando sobre el volcán apenas extinguido de las revoluciones; poned el oído en tierra y decidnos si no escucháis ruidos lejanos y sordos derrumbamientos. ¿No han confesado vuestros ministros recientemente desde la tribuna, que tienen más miedo á los franceses que á los rusos, y no han pretendido más bien amordazar la rebelión que romper las lanzas de los cosacos?"

Si la Iglesia no hubiera existido; si ella, como el arca bíblica, no hubiera salvado en su seno la verdad y el bien, el siglo XIX hubiera sido un caos.

Positivismo, monoísmo, racionalismo, panteísmo, liberalismo, eclecticismo, socialismo, todo género de errores pululaban en la tierra, y todos, entre sí enemigos, se congregaban en un terreno común, para com-

batir á la Iglesia: el naturalismo, formulado por Bebel elocuentemente en estas expresivas palabras: "el hombre para la tierra; el cielo, para los ángeles y los pájaros." (11)

Monseñor Pic decía en sus conferencias, que el mal intelectual radical de nuestro siglo es el naturalismo, del cual Leibnitz profetizaba hacía doscientos años que sería la última de las heregías y la más temible. (12)

El naturalismo, ó sea el paganismo, reinaba en el mundo fuera de la Iglesia Católica, con su cortejo natural del vicio y la ciencia. El protestantismo, caduco casi en la infancia, se deja robar por el catolicismo las almas escogidas (13); de él desertan todos los días miles y miles de desengañados para ir á engrosar las filas de la incredulidad, y en cuanto al núcleo de sus fieles, conserva las tradiciones protestantes como las cosas inertes la velocidad adquirida, pero perdiéndolas y desnaturalizándolas día por día, que no puede conservar mucho tiempo la savia ni el verdor una rama desprendida del tronco. El P. Young, en un libro nutrido de irrecusables datos estadísticos, ha demostrado hace poco, que en el siglo XIX el protestantismo ha llegado á ser hermano del racionalismo, un naturalismo disfrazado de religión.

¿Qué diremos de los cismáticos griegos? Reducidos al dominio moscovita, ni se expanden, ni combaten, ni se mueven. La tiranía de los Czares ha modificado esa religión que nació muerta. Nada puede hacer, por lo mismo, en beneficio de la cristiandad y del mundo.

La Iglesia, en último análisis, no ha tenido ni tiene en los tiempos modernos más que un enemigo: el paganismo, y el paganismo ha reinado en el siglo, sin que le dispute el terreno más que un campeón: Roma.

La marea pagana, á mediados del siglo XIX, crecía y crecía siempre, y la Iglesia, obedeciendo al Espíritu que la dirige, tenía que reaccionar con inaudita energía, ó el mundo estaba perdido. Tenía que reaccionar y reaccionó, apelando contra el naturalismo al auxilio de lo sobrenatural, para lo que ideó nuevo, solemne y universal homenaje á la reina del cielo, invocándola con nuevo nombre, que resume en un epíteto to-

do el orden sobrenatural: INMACULADA CONCEPCION. (*)

El paganismo antiguo fué siempre fuente de sensualidad, incapaz de hacer á la familia libre, digna, casta y duradera; enemigo de los sentimientos generosos, y protector del frío egoísmo; inventor de supersticiones tan corruptoras como la magia, y generador de costumbres tan depravadas como el infanticidio y el suicidio.

Pues bien, el siglo XIX está manchado con las abominaciones de la lujuria antigua; ha renovado el divorcio, peste del hogar; ha inventado (puede decirse así después de tantos años de generoso cristianismo) los pecados á sangre fría; en él, el infanticidio ha sido casi moda; el suicidio ha tomado tamañas proporciones, que su pavorosa estadística hiela la sangre, y el espiritismo—la magia moderna—renueva las supersticiones de los oráculos y de las sibilas.

¡Pobre siglo XIX! Enemigo de lo sobrenatural, del Evangelio y de la Iglesia; positivista, ateo, volteriano, no reprueba las ciencias ocultas, ni los prestigios espíritas, como los griegos y los romanos escépticos consultaban con brujas y con magos, contradicción que sería inexplicable si no supiéramos que la razón sin Dios es capaz de las más grandes aberraciones.

No haremos la pintura de la sensualidad en el siglo XIX por respeto á la Madre de Dios, á quien consagramos este libro, y nos limitaremos á estudiarla en sus principales frutos: el divorcio es el más venenoso de ellos. (14)

(*) Ya hemos dicho que este Dogma entraña los principales del Cristianismo.

